



# Dar sostenibilidad al agrosistema colombiano exige considerar la salud del suelo y la biodiversidad como variables clave de éxito.

El paradigma del S.XX sobre la producción de alimentos en el mundo se concentró en productividad a costa de la biodiversidad, la salud del suelo y la salud humana. Ahora que Colombia debe repensar su estrategia de desarrollo agrícola y rural, ¿vamos a seguir por la ruta que hace oídos sordos a nuestro mayor valor como país?

Publicado el 31/05/2022

Por Felipe Sardi y María Margarita Rodríguez

Al hilo de la columna de [Julio Andrés Rozo](#) en Forbes el pasado 5 de mayo en la que invitaba a prestar atención a los suelos como respuesta frente al cambio climático, hoy, queremos sumarnos a la necesidad de hacer esa misma reflexión también desde la agricultura.

En estos días en los que en Colombia se ven los impactos sociales y económicos de la dependencia de insumos externos, parece claro que el país necesita revisar y ajustar su estrategia para viabilizar el campo y atender el riesgo de inseguridad alimentaria.

Independientemente de cómo quede compuesto el próximo gobierno, claro está que Colombia deberá plantear una transición que permita reducir la dependencia de insumos externos y crear incentivos para reactivar la producción local de alimentos y de fertilizantes.

Las preguntas de fondo que nos hacemos como miembros del equipo de emprendedores detrás de una empresa local productora de fertilizantes orgánicos, son: ¿sobre qué principios se planteará dicha transición?, ¿será capaz Colombia de aprovechar la necesidad de cambio para impulsar un modelo que entienda el desempeño del agrosistema como un todo?, ¿a qué tipo de producción local de fertilizantes se darán los incentivos en Colombia?

La nueva ola de decisiones sobre nuestra agricultura se debatirá entre el enfoque de la “Agricultura Climáticamente Inteligente” que en el mundo anglosajón se conoce como -*Climate Smart Agriculture (CSA)*- o el potencial de avanzar hacia una “Agricultura Regenerativa” (AR). Aunque ambas aproximaciones parecieran ambientalmente amigables, los efectos sobre el medio ambiente y sobre los pequeños productores serán diametralmente distintos en cada modelo.

Recordemos que ya la FAO, después de haber promovido el enfoque CSA por algún tiempo, reconoció en 2020 que el 75% de los suelos están degradados debido a la actividad humana y que el cambio climático está acelerando este proceso. También tengamos en mente que los suelos del mundo contienen 2 a 3 veces más carbono que la atmósfera, pero que de continuar con un tipo de agricultura que depende de fertilizantes nitrogenados, Colombia seguirá perdiendo la capacidad de sus suelos para regenerarse y prestar los servicios ecosistémicos que de manera natural nos ofrecen.

Para ilustrar las implicaciones entre CSA y AR, las investigadoras [Anne-Marie Codur y Josephine Watson](#) del Instituto para el Desarrollo Global y Ambiental de la Universidad de Tufts, dejan ver con claridad en el *climate policy brief* de 2018 sobre este tema, los principios que fundamentan cada modelo, así como los potenciales riesgos e impactos asociados a una y otra visión. A quienes promueven el modelo CSA, pensando en que es un buen enfoque para Colombia, les invitamos a considerar dicho documento.

En síntesis, lo que advierte la academia en ese artículo y lo que han empezado a reconocer las agencias de desarrollo, los hacedores de política pública y hasta un grandes empresas multinacionales (después de décadas de advertencia de las comunidades locales) es que, ante la evidencia de pérdida de biodiversidad y deterioro de las condiciones de los suelos alrededor del mundo, cualquier estrategia seria frente al cambio climático y frente a la seguridad alimentaria, pasará por reconocer la salud del suelo como variable clave de desarrollo sostenible.

¿Cómo evolucionará este enfoque en la política agrícola y en el marco ESG para inversiones en agricultura y gestión de proyectos productivos? Está por verse.

Un país como el nuestro puede verse tentado a mirar mucho hacia Brasil para tratar de imitar su enfoque de agricultura de precisión y su modelo de alta eficiencia basado en grandes monocultivo; sin embargo, al ser Colombia un país de pequeños productores y considerando nuestras condiciones geográficas, creemos que es más acertado buscar nuevos referentes en países como Australia o en Estados como Oregon, en la costa oeste de los Estados Unidos, que están apostando por la regeneración de los ecosistemas y conectándose con los mercados de valor agregado, vía calidad y vía transparencia sobre los impactos sobre la salud de suelo y la biodiversidad.

Quizás es tiempo de que en Colombia empecemos a resignificar el sentido del 4 por 1000, para pasar de asociarlo con el tributo que se eternizó, a reconocerlo con el indicador de materia orgánica en el suelo que, en nuestro concepto, debería estar presente en los procesos de toma de decisiones de inversión y de manejo del sector agrícola a pequeña, mediana y gran escala.

En esa línea, desde Europa, el exministro Francés de Agricultura, Agroalimentación y Bosques, Stéphane Le Foll, posicionó el concepto 4 por 1000 como una Iniciativa Internacional que pretende demostrar que la agricultura, y en particular los suelos agrícolas, pueden desempeñar un papel crucial en la seguridad alimentaria y el cambio climático.

Como miembros de esta Iniciativa en Colombia, vemos con optimismo que ya el número de miembros de la iniciativa [4pour100.org](http://4pour100.org) supera los 700 en el mundo y que hay un grupo emergente de miembros en Colombia. En esta red internacional convergen agencias de desarrollo, instituciones públicas, académicas, no gubernamentales y por supuesto, organizaciones de productores y empresas privadas; todos, con el compromiso de integrar la salud del suelo en la definición de éxito y sostenibilidad de los proyectos productivos agrícolas.

Desde una convicción profunda de la necesidad de apostar por un modelo productivo de Agricultura Regenerativa que entienda el agrosistema dentro del contexto social al que alimenta y en el entorno ambiental al que se debe, invitamos a reflexionar en estos tiempos, sobre qué modelo de desarrollo puede permitirse adoptar un país como Colombia, cuya mayor riqueza y patrimonio es la biodiversidad y donde su mayor riesgo es seguir dejando atrás a los pequeños productores.

¿Aprovechará Colombia la oportunidad que nos ofrece este momento de tensión sobre el abastecimiento de fertilizantes para decidir impulsar por

fin la industria local de bioinsumos y desarrollar capacidades exportadoras que vengan cargadas del valor agroecológico?

Como ciudadanos y emprendedores interesados en el desarrollo de la producción local de biofertilizantes, seguiremos recordándoles, a tantas personas, instituciones y empresas como podamos, que no hay mejor tecnología que la de la naturaleza para enfrentar el cambio climático y que Colombia puede jugar un papel importante no solo en la protección de sus bosques, sino también en el modo de crear valor sostenible, desde el origen, en las cadenas de valor de alimentos, flores y otros productos agroecológicos trazables y de gran calidad, tanto para el consumo local, como para la exportación.